

ÁRBOLES Y ARBOLEDAS. *Monumentales y singulares*

ALMA DE OLMO

El Olmo de la Ermita de Tuéjar ha muerto. Ya no acoge la mirada cómplice del que vuelve al pueblo y es recibido por la grandeza Olmo. Allí, lo aguardaba con la serenidad y generosidad que solo los árboles conocen. A su sombra se resguardaban las casas y las personas, el pueblo mismo quedaba recogido al regazo del monte y del Olmo. Los hombres, las mujeres, los niños, los ancianos,... rodeaban su cintura, su tronco, midiéndolo, abrazándolo con tanto amor, que todo era Olmo.

Los majestuosos olmos llenaban como “Árboles de la Libertad” las plazas y los centros históricos, sociales y religiosos de nuestros pueblos. Hoy, prácticamente han sucumbido, ante el avance de un hongo microscópico, que vive alimentándose de los jugosos tejidos que conducen la savia de estos emblemáticos árboles. Los olmos afectados se secan irremediablemente, por la imposibilidad de hacer llegar el agua vital, de las raíces a las hojas. Es la temible y devastadora enfermedad conocida como “graniosis de los olmos”, que desde principios del siglo pasado asola las huertas, los ríos, los pueblos y caminos del mundo, matando a cientos de millones de olmos.

Su desaparición afecta también a aquellos organismos que viven a expensas de ellos; como unos minúsculos escarabajos que horadan y esqueletizan sus hojas, llamados galerucas, o los escolitidos que siendo también escarabajos prefieren vivir la mayor parte del tiempo en el interior de los troncos de los olmos. Todos ellos, caminan juntos hacia una situación



límite, sin que la ciencia, ni la técnica hayan podido encontrar un remedio eficaz.

Así, lenta e irremediablemente, soledades in-mensas van llenando el corazón de nuestras plazas, vegas y veredas, dejando un terrible vacío en nuestra memoria y nuestros corazones, que todavía nadie se ha propuesto llenar.

Junto a los vecinos de Tuéjar hemos asistido al momento final del Olmo de la Ermita, en el que lentamente su vida su apagó. Pero esta agonía del Olmo de la Ermita ha tenido un efecto esperanzador sobre otros árboles venerados. La necesidad de cuidados y atenciones que requirió, ayudó a la sensibilización de una gran parte de la sociedad y de sus

representantes, en favor de una atención al conjunto de árboles monumentales, que todavía hoy continua siendo vital para ellos y para nosotros.

Contemplando junto a los vecinos de Tuéjar, los despojos inmensos de lo

que fue un monumento vivo, nos abordó la cuestión

¿qué hacemos con el Olmo de la Ermita?, rápidamente comprendimos ¡El árbol ha muerto, pero no el símbolo!.

Coincidimos en que el destino de este árbol venerado, no debía ser el noble y efímero fuego. Debíamos de retener y alargar su presencia entre nosotros. Levantaríamos con los restos de su cuerpo un homenaje al Olmo de la Ermita, a los olmos del mundo, a los Árboles de la Libertad, a los árboles centrales de las pequeñas plazas, a los laboriosos vecinos, a los minúsculos e indefensos insectos, a las fértiles huertas, a la tierra y también a la vida.